

Eduardo Santiere. Espacios de placer

La interpretación más tradicional de la ventana es la de su condición arquitectónica que se emplaza en un vano. Algunos de sus usos pueden ser el resguardo, la posibilidad de iluminación natural, enlazar dos configuraciones de espacios sociales, como también el refresco y/o ventilación de un ambiente. En esta acepción, la abertura se convierte en una pantalla de unos pocos milímetros que señala un adentro y un afuera (si es que adscribimos al pensamiento binario), un intercambiable frente y dorso (de acuerdo desde dónde se la mire), con lógicas precisas y aparentemente diferenciadas entre sí. Pero al mismo tiempo, diaria y sigilosamente, despliega otras características y funciones: opera como marco, configura un límite a la mirada, sus cristales pueden convertirse en lupas y filtros y, también, reflejar lo que está en la habitación que la aloja.

En la práctica artística de Eduardo Santiere este límite es poroso. Concibe a la ventana como un dispositivo expandido que comprende características más allá de las físicas y tangibles para asumir una presencia conceptual. Su presencia, entonces, otorga un encuadre de acción para el despliegue de la mirada que evoca universos del micro y macrocosmos, de las reuniones, de los paisajes urbanos, de la dinámica social. Dos tipos de configuraciones de imágenes de tradición abstracta se hacen presentes en su última producción: aquellas más orgánicas, donde el color hace una explosión en vibración, en veladuras, superposiciones; y aquellas otras, deudoras de la retícula como elemento estructurador, donde la ortogonalidad dispone en el espacio figuras y elementos en una composición precisa.

Esta concepción de la ventana, como dispositivo que recorta y enmarca una imagen de un continuum mucho más amplio, se ha visto extendida en estos últimos años debido a la incidencia de una enfermedad global de aparente eternas mutaciones. El Covid-19 se ha convertido en una presencia ineludible en este conjunto de obras que, a su vez, reactualiza imágenes previas de Santiere. Ese corpus de obras de raigambre orgánica podrían remitir a muchedumbres reunidas al son de la música, a cuerpos en marcha en la vía pública, como también a imágenes de laboratorio de estudios e investigaciones biológicas de células, átomos, rizomas y constelaciones cósmicas vistas con lentes súper sónicos. Una vinculación íntima entre lo más mínimo y lo más absoluto imaginado. A su vez, el conjunto de obras abstractas geométricas recuerdan a las disposiciones espaciales que hubo que ocupar por varios meses dentro de nuestras casas sosteniendo la mirada, en varias oportunidades, en espacios y cosas que solíamos pasar por alto. La ubicación en distintos puntos geográficos de lo urbano (fuera megápolis o poblado diminuto) construye un espacio no-ocupado objetualmente a través de la distancia entre los cuerpos y objetos.

Si usualmente la abertura propone una delimitación recortada en formato vertical, en las obras de Santiere constantemente pivotea el cambio de punto de vista para habilitar otra visión. Esta operación confiere dimensiones territoriales a la imagen y ahí radica una tensión en este conjunto de obras. Se despliega una mirada que despliega una serie de estrategias en el tratamiento indisoluble del papel como soporte y como superficie a través de la performatividad de la mano que dibuja, pinta, esculpe y graba. Este grado de intimidad, de cercanía se traduce en movimientos rítmicos constantes con los que ocupa la superficie-soporte. Es esta acción del oficio que habilita a detenerse en las imágenes y distinguir trazos, ritmos, superposiciones, raspaduras, que despliega una imagen en la que por momentos pareciera sumergirnos dentro de un mapa topográfico de dimensiones difíciles de cuantificar. En algunos casos este hacer casi obsesivo y compulsivo otorga una dimensión textural a las piezas que surge del rascado sobre el papel. Así, figuras geométricas plenas y monocromas exhiben múltiples matices y gestos que, en la proximidad con la obra, se superponen vistas topológicas y aéreas.

HERLITZKA + FARIA



Este conjunto de obras, entonces, proponen activar la mirada para su contemplación y estudio. Aparentemente desconectadas de los acontecimientos cotidianos, en realidad apelan a la vista para señalarnos que están en diálogo constante con el entorno. Nos invitan al ejercicio del saber mirar como herramienta fundamental para entender el contexto.

Sebastián Vidal Mackinson
Curador e investigador de arte contemporáneo